

UNA CONFESIÓN

¡Finalmente! Lo confiesan.

¡Los ministros actuales de la República francesa resultan solidarios de todos los gobiernos monárquicos de Europa: solidarios con el emperador de Rusia, solidarios con el emperador de Austria, solidarios con el rey de Prusia, solidarios con el rey de Nápoles! ¡El actual ministerio de la República francesa, encargado de velar por la vigencia de nuestra Constitución democrática, se alió con el ministerio Nesselrode que violó la constitución polaca, con el ministerio Schwartzenberg que violó la Constitución austríaca, con el ministerio Manteuffel que violó la Constitución prusiana! ¡M. Luis Bonaparte, que juró fidelidad a la República una e indivisible, es auxiliar de la Santa Alianza!

¡Es el *Constitutionnel* el que lo dice! Lo que nosotros, los periodistas de la oposición, no hubiéramos osado afirmar, el diario del Elíseo lo afirma y se vanagloria, y reivindica como un elogio para el poder lo que nosotros hubiéramos visto como un ultraje!

¡Sí, es el diario del gobierno el que declara que haciendo arrestar a los refugiados alemanes culpables de querer para su patria otro régimen que el régimen cosaco, el ministerio de la República ha realizado un acto de *lealtad intenacional*, y que violando la santa ley de la hospitalidad hacia los desdichados proscriptos, no ha hecho sino cumplir los *deberes* que le impone el *derecho de gentes*! Y, al mismo tiempo, ese diario da a entender que el poder ejecutivo haría bien en enviar al gabinete inglés unos despachos sobre el tema de la protección dada a los proscriptos en Londres!

¡He ahí entonces a dónde hemos llegado! ¡Ese derecho de asilo que los bárbaros mismos acuerdan a sus enemigos vencidos, ese derecho de asilo por cuyo cumplimiento el mismo sultán de Turquía acaba de arriesgar una guerra contra Rusia y Austria, ese derecho de asilo por cuyo respeto la pequeña república helvetica enfrentó durante tanto tiempo la cólera de todas las monarquías de Europa, hay un gobierno que lo viola y que se glorifica por eso! ¡Y ese gobierno, es el gobierno del antiguo proscrito de Thurgoria, es el gobierno de Francia, es el gobierno de la República!

Lo que la Restauración misma no osó hacer sino escondiéndose, el ministerio de M. Bonaparte osa hacerlo y se vanagloria. ¡Pone a su policía, a su gendarmería, a sus prisiones al servicio de aquellos que han repartido Polonia, devastado Hungría, sometido Alemania, arruinado Italia, y lo llama un *deber*!

Para los ministros de M. Bonaparte, ser europeo y querer para Europa otro equilibrio que el equilibrio impío y desnaturalizado establecido en 1815 por los vencedores de Waterloo, se llama un crimen contra la seguridad del Estado.

¡Para los ministros, ser polaco y querer para su patria la expulsión de los cosacos, la independencia, la vida, es un crimen contra la seguridad del estado!

¡Para los ministros, ser húngaro y querer para su patria la caída de Austria y la independencia nacional, querer vengar a sus hermanos colgados por traición, a su madre azotada en la plaza pública, con la fiereza del corazón, el recuerdo del hogar, la religión de la familia, admirar a Kossuth y maldecir a Haynau, eso se llama un crimen contra la seguridad del Estado!

¡Para los ministros, ser alemán y querer para Alemania esa unidad que es el derecho de una raza y la fuerza de una nación, querer que la madre patria no sea repartida entre treinta y seis príncipes, querer el fin de la arbitrariedad y el reino del derecho, combatir por esos principios que han hecho libre al pueblo inglés y soberano al pueblo de Francia, es un crimen contra la seguridad del Estado!

¡Para los ministros, ser italiano y querer para Italia otro reino que el del mariscal Radetsky, del cardenal Antonelli y del rey de Nápoles, querer la expulsión de los austríacos y el fin de los jesuitas, y detestar a los bombarderos de Milán, de Roma y de Messina, es un crimen contra la seguridad del Estado!

¡Para los ministros, ser francés y dar asilo a los proscritos, tener respeto ante la desgracia y el exilio, decir, como el emperador Napoleón: ¡Honor a los vencidos!, eso se llama “un acto de felonía”.

¡Allí están vuestros principios! Está bien. ¡Es bueno que Francia conozca a los que la gobiernan. La Restauración hizo la expedición a España, pero al menos trató de reclamar allí una apariencia de libertad constitucional. La dinastía de Julio quiso la expedición a Sonderbund, pero al menos hizo gestos, hasta el último día, de protestar contra el reparto de Polonia. Esos gobiernos estaban con la Santa Alianza, pero, yo no sé por qué sentimiento de pudor, no lo confesaban!

¡Vosotros, vosotros no tenéis esa falsa vergüenza! ¡ministros de la República sois aliados de los cosacos! ¡y lo confesáis! ¡Ministros elegidos por el sobrino del derrotado de Waterloo, pactáis con los vencedores, y os glorificáis de ese pacto!

Gracias.

L'Événement, 9 de septiembre de 1851 (artículo
es el que causó su prisión en la Conciergerie)



LA CUESTIÓN SOCIAL¹ (*fragmento*)

El voto del 24 de mayo, que sustituyó a la oposición conciliadora por la oposición irreconciliable², tiene una significación profunda que es importante esclarecer. Ese voto fue la expresión de dos agravios: un agravio político, un agravio social.

¹ Este artículo es especialmente interesante porque plantea, posiblemente por primera vez, el problema de lo que hoy se conoce como “gentrificación” de las ciudades.

² Se refiere al voto de la ciudad de París, en los últimos momentos del II Imperio, donde a diferencia del resto de Francia, triunfó la izquierda republicana.

Herido moralmente, herido materialmente, golpeado en sus intereses como en sus derechos, el pueblo hizo resonar el grito de su doble resentimiento. Tomó al pie de la letra al gobierno personal que quiso ser responsable y le pidió cuentas hoy, no sólo por su libertad, sino por su bienestar olvidado.

La dictadura, que desde 1851 se encargó de los destinos del país, no debe estar sorprendida por esta tardía reivindicación. Una autoridad sin límites asume una responsabilidad ilimitada. Jamás es gratuito que un poder se declare providencial. Del que todo lo puede, es lógico exigir todo. Un gobierno que reina por la gracia de Dios y que mantiene en tutela a una nación entera, está expuesto a que un día u otro esa nación le atribuya todos los abusos y todas las inequidades que sufre.

Está fuera de toda duda que los males inherentes al estado transitorio de la sociedad moderna han sido considerablemente agravados por el actual régimen. No creo que el contraste entre los disfrutes de los privilegiados y las privaciones de los desheredados haya sido jamás más doloroso que hoy. ¿En qué época los súbitos ascensos, debidos a favores, los repentinos enriquecimientos, improvisados por la usura, han aplastado más soberbiamente a la pobreza honesta y laboriosa? ¿En qué época los despilfarros ocultos, las dilapidaciones inconfesables, las locas especulaciones, los escandalosos golpes de la Bolsa han desafiado más insolentemente al desamparo público?

El pueblo parisino fue acusado de ingratitud, porque se pronunció contra el gobierno personal que “embelleció” París. ¡Ingratitud! Esta palabra está extrañamente ubicada aquí. ¿Qué ha ganado acaso el pueblo propiamente dicho, con la transformación de la gran ciudad? ¿Se olvida que las modificaciones recientes han tenido como fatal contrapartida el encarecimiento de los alquileres, el aumento del precio de las cosas necesarias para la vida, y, en consecuencia, la creciente penuria de la mayoría?

¡Resultado cruel! Ese trabajador de élite, cuyos productos son modelo, ese artista de manos callosas cuyo gusto delicado reconoce el universo, el obrero parisino, es víctima de su trabajo. Cada edificio que levanta, cada hotel que construye, cada calle que abre, cada paseo que traza, no hace más que retrasar el lugar y la hora de su reposo. ¿Cómo podría, con su modesto salario, alquilar una morada en esos barrios suntuosos? Los monumentos que restaura, las villas que amuebla y que decora, los *louvres* que dora y esculpe, alejan fatalmente la mansarda en la que, por la noche, agotado de fatiga, se desploma sobre su camastro.

Sí, es cosa muy triste de decir, el obrero parisino es echado de París por sus obras maestras. ¡Y se sorprenden de que a veces haya murmullos en el fondo de los suburbios!

Lejos de indignarme por la ingratitud del obrero, estoy mucho más tentado a admirar su magnanimidad. Las antítesis sociales que tiene constantemente bajo los ojos no están

verdaderamente hechas para alentar la paciencia. ¿Se supone que el obrero debe encontrar bien que el palacio donde trabaja se parezca tan poco a las chozas donde él descansa? Aquí el lujo, allá la indigencia. Aquí, la orgía, allá el hambre. ¡Aquí los esplendores inmerecidos, allá las miserias más inmerecidas todavía! Trabajar cada día para ganar justo de qué vivir hasta el día siguiente, obtener a fuerza de trabajo un módico salario al que recortarán necesariamente la desocupación, la enfermedad y la vejez, tal es el destino del obrero, ¿y queréis que esté satisfecho cuando compara su suerte con la suerte de los otros?

Francamente, ¿el obrero puede hacer sin tristeza tantas comparaciones que estrujan el corazón? ¿La obrera, su hermana o su novia, puede ver con indiferencia como se extenua heroicamente para conseguir, bien o mal, una pequeña remuneración de 500 francos, de los cuales deducirá 100 francos para su alojamiento, 72 francos para su calefacción y su lavado, 115 francos para su higiene y 215 francos para su alimentación, mientras hay por el mundo tantas sinecuras tan espléndidamente retribuidas, ¡mientras hay dignatarios y chambelanes pagados con doscientos cincuenta mil francos por año, cuando M. Troplong³ percibía ciento cincuenta y seis mil, cuando los generales se convirtieron en millonarios por no haber tomado Sebastopol⁴!

(...)

Le Rappel, 6 de junio de 1869



LAS CAMPAÑAS DEL CHASSEPOT⁵ (fragmento)

Yo respondo por la orden.

El emperador.

¡Y si es necesario, usaremos la fuerza!

El ministro.

¡Rrrran!

El mariscal.

¡Nuestros chassepots hicieron maravillas!

El general.

(...) II. SEGUNDA JORNADA – LA RICAMARIE

Concesiones inteligentes hubieran fácilmente prevenido ese conflicto. Los mineros de la cuenca hullaera de Saint-Etienne pedían un aumento de salario y el desarrollo de cajas de seguro, juzgadas por ellos insuficientes.

Esas demandas, muy tranquilamente expuestas por sus delegados, fueron rechazadas secamente por los patrones.

Los obreros resolvieron ir a la huelga.

³ Raymond-Theodore Troplong (1795-1869), fue un jurista y político francés del siglo XIX. Fue el informante del senado-consulta que estableció el Segundo Imperio, y utilizó sutilezas teóricas para legitimar el golpe de Estado de Napoleón III.

⁴ Referencia a la desastrosa Guerra de Crimea.

⁵ El *Chassepot*, Fusil modèle 1866, era un fusil monotiro de cerrojo. Siendo una gran mejora respecto a los fusiles militares existentes en 1866, el Chassepot marcó el inicio de la era de los fusiles de cerrojo.

Era su derecho, reconocido por la ley Ollivier, votada en mayo de 1864. Siempre que se abstuvieran de *violencia*, de *vías de hecho*, de *amenazas* y de *maniobras fraudulentas*, eran libres de comunicarse y de unirse para hacer un cese general del trabajo.

Era lo que querían hacer.

Pero la autoridad bonapartista se oponía a ello. Cuando los huelguistas se presentaron en los diferentes puestos de la mina para hacer allí su propaganda legal, los encontraron guardados por destacamentos militares y fueron rechazados de todas partes. Recorrieron tristemente la campiña, cuando fueron encontrados sobre la ruta de Montrambert a Saint-Etienne por tres compañías del 4° de línea.

El capitán que comandaba ese destacamento decidió por sí mismo rodear rápidamente a la banda huelguista y hacerla prisionera. Cuarenta obreros mineros fueron así llevados por sorpresa. Ese deplorable abuso de poder levantó en el país una indignación muy legítima. ¡Liberémoslos! ¡Liberémoslos! Ese fue el grito universal.

El destacamento de línea, escoltando a los cautivos, hizo un rodeo para evitar el pueblo de Ricamarie, al que pertenecía la mayoría de los huelguistas, y, tomando la ruta de la Béraudière, tomó un camino profundo bordeado en cada lado por un talud de cuatro metros de altura. Sobre esta doble elevación estaban tumultuosamente agrupados quinientos o seiscientos trabajadores, delante de los cuales gesticulaban con vivacidad una treintena de mujeres.

El capitán, temiendo que le arrancaran su presa, hizo acelerar la marcha del destacamento. Pero los obreros apostados en la altura tomaron la delantera y se precipitaron en el camino, para cerrar el pasaje a la tropa.

- ¡Avancemos, avancemos, dicen los más audaces, no tienen sino cartuchos de fogeo!

Y se lanzaron hacia el destacamento.

- Devuelvan los prisioneros, gritan, o no pasaréis.

¡Entre los prisioneros, alguno reconocía a un hermano, otro a un padre, aquella a un marido, esta otra a un hijo!

- ¡Devolvednos los prisioneros, repetían seiscientas voces.

Imposible, el capitán quiere proseguir su marcha. Sigue un cierto desorden. Una decena de prisioneros logran escapar. La compañía que forma la retaguardia intenta retomarlos. Es rechazada a pedradas.

-¡Fuego! dice el capitán.

Y se escuchó ese ruido siniestro que había resonado en el valle de Mentana.

Era el 16 de junio de 1869.

Al día siguiente de esa jornada, a las diez de la mañana, un cortejo fúnebre se dirigía desde el hospicio de Montcel hasta el cementerio de la Ricamarie.

Los gendarmes a caballos, formados en tres líneas, abrían la marcha.

Después iba el clero.

Después avanzaban once ataúdes, llevados a pulso por cuarenta y cuatro obreros vestidos de negro.

Detrás de esos ataúdes se arrastraban las viudas, los huérfanos, los padres en lágrimas, los amigos desolados.

La caravana atravesó el pueblo de la Ricamarie, en medio de una multitud triste y consternada, que profería aquí y allá algún sordo murmullo, alguna exclamación quejosa. Llegada a mitad del pueblo, se detuvo un momento en la puerta de una modesta mansión, para agregar un pequeño ataúd - ¡el ataúd de un niño de ocho años muerto en los brazos de su madre!

Así completa, la caravana ganó el cementerio.

El clero recitó las últimas plegarias.

Y todo fue dicho.

Me equivoco. Todo no fue dicho. El capitán obtuvo la cruz de honor.

III. TERCERA JORNADA. – AUBIN

Como sus hermanos de la Ricamarie, los mineros de Aubin habían ido a la huelga.

¿Sus reclamos eran exagerados?

Ciertamente no.

¿Pedían un aumento de salario.

De ningún modo.

¿Una disminución de las horas de trabajo?

Tampoco.

Pedían muy buenamente el precio riguroso de su trabajo. Deseaban que la riquísima Compañía de Orléans, propietaria de las minas de Gua, les hiciera la cuenta exacta de los metros cúbicos de carbón extraídos tan penosamente por ellos. Y como el representante de esa compañía, el ingeniero Tissot, se rehusaba obstinadamente a acceder a sus muy justos deseos, decidieron solicitar el despido del ingeniero Tissot.

Que M. Tissot fuera despedido, y todos se declararían satisfechos, y todos volverían pacíficamente a su tarea. Y un conflicto deplorable hubiera sido prevenido.

El 7 de octubre, los mineros presentaron humildemente su petición al subdirector Lardy.

El subdirector rechazó su súplica.

Los mineros, que se quejaban vanamente desde hacía muchos años, perdieron la paciencia. Al no poder obtener el alejamiento amigable de M. Tissot, trataron de desembarazarse de él por la fuerza. Entraron en las oficinas donde se escondía el ingeniero, y lo llevaron violentamente hacia afuera con gritos de venganza. Honorables ciudadanos, entre otros el ingeniero Lemonier, se interpusieron. Después llegaron el subprefecto y el procurador imperial, asistidos por la gendarmería. M. Tissot fue liberado y reintegrado por la fuerza a sus oficinas.

La permanencia de M. Tissot era un desafío lanzado a los obreros.

El orden material estaba restablecido, pero la huelga continuaba.

Fue entonces cuando aparecieron los chassepots.

Cuarenta hombres del 46°, comandados por el subteniente Bablon, penetraron en la meseta de Gua y la ocuparon, rechazando a los mineros. Ellos resistieron esa invasión amenazadora. La intervención de la fuerza en un litigio que sólo la equidad debía resolver, se les aparecía como una suprema injuria. ¡Atrás los chassepots! exclamaban. El tumulto fue creciendo. Un imprudente intenta desarmar a un soldado. Entonces, antes de que las intimaciones fueran hechas, los chassepots parten al azar. La muchedumbre huye trastornada. Gritos desgarradores se escuchan. Son los heridos que aúllan, son los moribundos que agonizan. El guardamina Bernard, que trataba de restablecer el orden, cae para no levantarse, al lado de un bravo labrador de Noussac, el padre Lhomond, que había ido ese día a llevar víveres a sus hijos.

Un obrero herrero, llamado Marre, fue herido en la mano izquierda. El pocero Lagarrigue, sin escuchar más que a la humanidad, corrió hacia él para curarlo, pero mientras vendaba la herida con un trapo, él mismo fue herido de muerte. M. Millet, inspector de la Compañía, no tuvo tiempo más que de ponerse al abrigo, detrás de una pila de rieles. Una mujer, huyendo a su lado, cayó bañada en su sangre, era madame Vergnes, empleada en el lavado del carbón. No lejos de ella, agoniza otra mujer, madame Teyssèdre, casada con un zapatero de Gua. En medio de los cadáveres, yace un niño de diez años, llamado Estival, cuyo cerebro estalló sobre el piso. - ¡En total dieciséis víctimas, lloradas hoy por más de sesenta parientes próximos – hijos, hermanos, hermanas, padres, madres, abuelos!

El 9 de junio, el cementerio de Aubin, más funebre todavía que el cementerio de la Ricamarie, recibía para siempre a esos dieciséis franceses, muertos por balas francesas.

Como el capitán del 4° de línea, el subteniente del 46° es hoy caballero de la legión de honor.

(...)

(Le Rappel, 25 de enero de 1870)